

Notas sobre alfabetización, educación y lectura femeninas en el Siglo de Oro a través de Miguel de Cervantes, Lope de Vega y otros autores

RESUMEN

Este artículo analiza la alfabetización, la lectura y la educación de la mujer en la España del Siglo de Oro a través de la obra de Cervantes, Lope de Vega y otros autores.

PALABRAS CLAVE: Alfabetización, educación, lectura, mujer, Siglo de Oro, literatura.

ABSTRACT

This paper analyzes female literacy, reading and education in Spain in the Golden Age through the work of Cervantes, Lope de Vega and other authors.

KEY WORDS: Literacy, education, reading, woman, Golden Age, literature.

Al comienzo de su libro *Mujeres españolas* Salvador de Madariaga recuerda cómo Isabel I de Castilla impulsó los estudios, y, como consecuencia de ello, se generó un contexto que permitió que, excepcionalmente, hubiese mujeres que enseñaron en universidades como la de Alcalá y la de Salamanca¹.

1 Madariaga, S. de, *Mujeres españolas*, Madrid 1975, 36: «Entre otras épocas de brillantez descuella la del reinado de los Reyes Católicos, sobre todo a fines del siglo XV, cuando el impulso de la misma reina lleva a la nobleza, hombres y mujeres, a dedicarse a los estudios clásicos [...] al punto de dedicarse algunos no sólo a aprender, sino a enseñar en las cátedras

Pero el citado impulso y los ejemplos de profesoras universitarias no significan ni que en el Siglo de Oro hispánico se consiguiese una alfabetización generalizada ni que no existiese una fortísima discriminación de la mujer al respecto², como, desgraciadamente, también sucedía en otros ámbitos, impidiendo el pleno desarrollo de sus capacidades³.

En alguna obra, de referencia por el indudable prestigio de su autor, el tema de la alfabetización y la lectura de la mujer en la época que estudiamos parece haberse omitido⁴, a pesar de que un autor como Ludwig Pfandl, ya en las primeras décadas del siglo pasado, había escrito brevemente sobre el tema⁵. Mas

universitarias, mientras que sus hermanas y mujeres también tienen a gala aprender y saber. Entonces enseñó retórica en la Universidad de Alcalá una hija de Nebrija, y clásicos en Salamanca doña Lucía de Medrano.»

Huelga recordar, por sobradamente conocida, la figura de Beatriz Galindo, «la Latina», preceptora de latinidad de Isabel I de Castilla.

2 De hecho, no faltaban absurdos pseudoargumentos en defensa de ello, como, por ejemplo, el que se puede leer en el *Examen de Ingenios* de Huarte de San Juan: «Y que según la diferencia de ingenio que cada uno tiene, se infunda una ciencia y no otra, o más, o menos de cada cual dellas, es cosa que se deja entender en el mismo ejemplo de nuestro primeros padres; porque llenándolos Dios a ambos de sabiduría, es conclusión averiguada que el cupo menos a Eva, por la cual razón dicen los teólogos que se atrevió el demonio a engañarla y no osó tentar al varón temiendo su mucha sabiduría. La razón desto es, como adelante probaremos, que en la compostura natural que la mujer tiene en el cerebro, no es capaz de mucho ingenio ni de mucha sabiduría.» (Doctor Huarte de San Juan, *Antología*. Selección y prólogo de Emiliano Aguado, Madrid 1944, p. 22-23).

3 Desde la Filosofía de la Historia se nos recuerda que «La sociedad es el suelo nutricio donde tienen sus raíces las personas; si este suelo no permite el apoyo debido y no ofrece los materiales adecuados, la realización personal no podrá ser sino raquítica y problemática. La realización de cada persona es misión de cada cual; el ofrecer posibilidades radicales de realización personal es misión de todos, de todos los que constituyen el cuerpo social.» (Ellacuría, I., *Filosofía de la realidad histórica*, Valladolid 1991, p. 309-310). La sociedad hispánica del Siglo de Oro no favoreció, sino que generalmente obstaculizó la preparación intelectual de la mujer, lo que da mayor relevancia histórica a los ejemplos de quienes consiguieron vencer tan adversas circunstancias.

4 Fernández Álvarez, M., *Casadas, monjas, ramerías y brujas. La olvidada historia de la mujer española en el Renacimiento*, Barcelona 2005.

5 Pfandl, L., *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del Siglo de Oro*, Barcelona 1942 [segunda edición de la traducción de 1929], p. 125: «La mujer española de la nobleza y burguesía de los siglos XVI y XVII era más mujer de su hogar y de su familia que todas las demás mujeres contemporáneas del resto de Europa. Su educación se limitaba a aprender a leer, escribir, las cuatro reglas arit-

que algún gran historiador omitiese este tema no significa que no haya sido analizado en la investigación histórica de las últimas décadas. Así, por ejemplo, el gran hispanista galo Bartolomé Bennassar resumía en su libro *La España del Siglo de Oro* el resultado de las investigaciones de varios investigadores⁶, proporcionando una imagen bastante clara de la alfabetización en España, de modo que los nobles saben en su mayoría leer y escribir, pero «las mujeres de la nobleza no están todas alfabetizadas, ni mucho menos. Hay razones para pensar que algunas de ellas son capaces de leer, pero no saben escribir.» «Los letrados y los infraletrados saben todos leer y escribir. Lo mismo puede decirse de los mercaderes de un cierto nivel», aunque «en este sector, la proporción de mujeres alfabetizadas es mucho más débil.» «Los artesanos, los pequeños comerciantes, los labradores saben leer y escribir en unas proporciones que oscilan entre la tercera parte y la mitad», y también, en este sector de población, «el analfabetismo femenino es masivo». «Jornaleros y peones diversos son casi todos analfabetos, al igual que sus mujeres.»⁷

Esta realidad histórica tiene un claro reflejo en algunas obras literarias del Siglo de Oro, como analizaremos en el presente trabajo (e, incluso, una exposición-denuncia de la causa, expuesta por la gran escritora María de Zayas⁸). Veremos, pues, hasta qué punto la ficción incluía datos verosímiles sobre el tema, siendo de utilidad para el estudio histórico⁹, siguiendo, por cierto, una mitología ya apuntada, tiempo ha, por algún importante estudioso de aquella época¹⁰.

méticas elementales, instrucción religiosa en la familia y en la iglesia, trabajos caseros y otras habilidades femeninas.»

6 Bennassar, B., *La España del Siglo de Oro*, Barcelona 1990, 284.

7 Ídem, *ibíd.*, p. 285.

8 Zayas, M. de, *Parte segunda del Sarao y entretenimiento honesto [Desengaños amorosos]*. Edición de Alicia Yllera, Madrid 1983, p. 231: «De manera que no voy fuera de camino en que los hombres de temor y envidia las privan [a las mujeres] de las letras y las armas, como hacen los moros a los cristianos que han de servir donde hay mujeres, que los hacen eunucos por estar seguros de ellos».

9 Sobre las relaciones entre la creación literaria, la historia y los conceptos de realidad y verosimilitud ya reflexionaba D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, titulado «De la historia considerada como obra artística» (Menéndez y Pelayo, M., *Estudios de crítica literaria*, Madrid 1884, p. 98).

10 V. g., Bennassar, B., *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Salamanca 1989, p. 469: «Cuan-

Comenzaremos por el análisis de lo referido a mujeres de los grupos sociales privilegiados a través de *La dama boba*, de Lope de Vega¹¹. Esta obra, de 1613, nos muestra a dos hermanas, hijas de Otavio, llamadas Nise y Finea, pertenecientes a la nobleza, la primera inteligente y culta, y la segunda lo contrario, pero con una espléndida dote, recibida de un tío paterno (vv. 157-163):

«Oigo decir que un hermano
de su padre la dejó
esta hacienda, porque vio
que sin ella fuera en vano
casarla con hombre igual
de su noble nacimiento
supliendo el entendimiento
con el oro.»¹²

El juego que Lope de Vega efectúa con tan contrastadas figuras («Contemplo, de sangre igual, / dos cosas tan desiguales...» —vv. 152-153—) da pie a que, entre otras cuestiones, podamos ver una realidad de la época que ya hemos mencionado: no todas las damas de la nobleza estaban alfabetizadas (aunque en la escena primera del tercer acto Finea, tras cambiar drásticamente gracias al amor, aparece ya alfabetizada¹³). Pero el *Fénix de los Ingenios* nos proporciona muchos más detalles de la educación femeninas. En nuestra opinión, resulta extraordinariamente interesante la escena V, en la que un maestro, de nombre Rufino, intenta, inútilmente, enseñar a leer a Finea, con unas cartillas. Resulta fácil saber cómo eran esas cartillas (que

do se trata de campesinos, de labradores, de hortelanos, el analfabetismo en casi general. Podría recordar que los campesinos de Fuenteovejuna, llevados a escena por Lope, declaraban que no sabían leer.»

11 Resulta pertinente recordar algo sobre lo que diversos expertos han insistido; así, por ejemplo, Carlos González Echegaray ha escrito en referencia a una de sus obras, pero que puede extenderse a otras obras del *Fénix de los ingenios*: «No podemos pasar por alto el sentido de observación de la vida española [...] con un maravilloso realismo» (Vega, L. de, *La moza de cántaro*. Introducción y notas de Carlos González Echegaray, Madrid 1968, p. 15 de la introducción).

12 Todas las citas de *La dama boba* las tomamos de: Vega, L. de, *La dama boba*. Edición de Diego Marín, Madrid 2009.

13 Vv. 2077-2081: «Hablando está con Miseno
de cómo lees, escribes
y danzas; dice que vives
con otra alma en cuerpo ajeno.
Atribúyete al amor...»

aparecen citadas en otras conocidas obras del Siglo de Oro¹⁴, y cuya presencia se deduce de otras alusiones indirectas¹⁵), dada la fecha de escritura de la obra, pues a partir de 1583 Felipe II concedió a la Catedral de Valladolid el privilegio de la impresión de estas cartillas¹⁶, que, «se imprimiría sin cambios sustanciales hasta comienzos del siglo XIX», convirtiéndose en «el impreso probablemente más editado de la historia del libro español y donde aprenderá a leer la práctica totalidad de la población española»¹⁷, siendo su estructura bien conocida¹⁸. Aunque por la fecha de su nacimiento Lope de Vega, en su infancia, utilizaría un modelo de cartilla anterior, es posible que escribiese en esta escena algún recuerdo de su más tierna infancia, cuando él mismo aprendía a leer; así, quizá su primer maestro le dijese lo mismo que Rufino a Finea:

«Esta es *ca*. Los españoles
no la solemos poner
en nuestra lengua jamás.
Úsanla mucho alemanes
y flamencos.» (vv. 319-323).

14 Valgan como muestra dos ejemplos del Barroco:

— Quevedo, F. de, *El Buscón*, Madrid 2001, p. 39: «Al otro día, ya estaba comprada cartilla y hablado el maestro. Fui, señor, a la escuela...»

— Rojas Zorrilla, F. de, *Del rey abajo, ninguno. Entre bobos anda el juego*. Edición, introducción y notas de Ana Suárez, Barcelona 1990, p. 106 (vv. 607-610 de *Entre bobos anda el juego*): «Oí tu relación, y maravilla / que con cuatro vocablos de cartilla, / todos impertinentes, / me digas tantas cosas diferentes.»

15 Por ejemplo, el pasaje del capítulo xxv de la primera parte del *Quijote* que citaremos posteriormente en el presente trabajo (y aprovechamos ya para indicar que todas las citas del *Quijote* las tomamos de Cervantes, M. de, *Don Quijote de la Mancha*. Edición conmemorativa IV centenario Cervantes. Edición y notas de Francisco Rico, Barcelona 2015).

16 Infantes, V., «La educación, el libro y la lectura», en *Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XXI. La cultura del Renacimiento (1480-1580)*, coord. V. García de la Concha, Madrid 1999, 3-50, concretamente p. 22: «En 1583 un acontecimiento histórico va a cambiar el rumbo de la instrucción elemental y centralizar definitivamente en la España áurea el control de esta enseñanza. Efectivamente, en esta fecha el Cabildo de Valladolid eleva una petición a Felipe II solicitándole que les conceda el Privilegio de la impresión de la *Cartilla* con el fin de costear las obras de construcción de una nueva Catedral; el monarca se lo concede en 1583...»

17 Ídem, *ibíd.*

18 Ídem, *ibíd.*

Sobre estas cartillas *vid.*:

Resines Llorente, L., *La catedral de papel. Historia de las cartillas de Valladolid*, Valladolid 2007.

El contraste de Nise respecto a Finea es enorme, y se manifiesta en la biblioteca que posee. Su padre, Otavio, está disconforme con las inclinaciones culturales de su hija (vv. 2015-2018: «No son gracias de marido / sonetos. Nise es tentada / de académica endiosada / que a casa los ha traído.»), en una actitud que recuerda, por ejemplo, a las críticas de Quevedo contra las mujeres con formación¹⁹. Nise posee obras literarias en castellano²⁰, de carácter literario (vv. 2109-2132), poniendo Lope de Vega en boca de Otavio las siguientes palabras:

19 Entre los diversos ejemplos aducibles, cabe citar, por ejemplo, cómo subtitula uno de sus irónicos escritos breves de ataque al culteranismo, «La culta latiniparla»: «CATECISMO DE VOCABLOS PARA INSTRUIR A LAS MUJERES CULTAS Y EMBRILATINAS» (Quevedo. F. de, *Obras satíricas y festivas*, Madrid 1970, p. 115). Y, hablando de poesía culterana y mujer, no podemos dejar de recordar lo que un personaje de *El lindo Don Diego*, de Agustín de Moreto, le dice a otro, su prima Doña Leonor:

«Yo, prima, no sé de cultos,
porque a Góngora no entiendo
ni le he entendido en mi vida».

(Moreto, A., *El lindo Don Diego. El desdén con el desdén*, Madrid 1971, p. 37).

20 Entre las mujeres alfabetizadas las había que aprendieron latín, pero fueron las menos. De entrada, es muy significativo que apenas hubiese obras en latín en bibliotecas de cenobios femeninos. *Vid.*, a modo de ejemplo, Rodríguez Bravo, B., *Catálogo bibliográfico del monasterio de la Inmaculada Concepción de León. Siglos XVII y XVIII*, León 1994. Pero es el reflejo de que «la mayoría de las religiosas de la época no alcanzaban a comprender el latín del Oficio divino» (Torné Cubells, J., «Constancia Osorio y sus versiones poéticas de algunos salmos», *Cistercium*, 203 (1995) 759-792, concretamente p. 762). Cabe recordar cómo Santa Teresa de Jesús «no sabía latín. Ella tenía incluso prevención contra las monjas bachilleras y que conocían el latín» (Llamas, E.-Egido, T. *ET ALII, Obras completas. Teresa de Jesús*, Madrid 2000, p. 89). Y en algunos casos, el aprendizaje del latín se hizo, como en el de la citada Constancia Osorio, a través del autodidactismo, utilizando un diccionario (Torné Cubells, J., «Constanza Osorio...» o. c., p. 764), o, como Sor Juana Inés de la Cruz, partiendo de unas pocas clases de latín (p. 100: «Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé»), y siguiendo con el esfuerzo autodidacta, como Sor Juana Inés de la Cruz, quien ha sido calificada como «autodidacta retirada a su celda» (Cruz, Sor J. I. de la, *Poesía, Teatro, Pensamiento*. Introducción, edición y notas de Georgina Sabat de Rivers y Elias Rivers, Madrid 2004, p. XXII de la introducción). Hay algún caso más documentado, como, por ejemplo, «La señora doña Juana Eugenia de Contreras, religiosa en el convento de Santa Juana de la Cruz hablaba la lengua latina, y tenía tanta prontitud en la gramática y teología, por haberla estudiado, que admiraba a los más elocuentes en ella» (Zayas, M. de, *Parte segunda... o. c.*, p. 229-230). Y también se ha documentado el caso de alguna mujer casada que aprendió latín de forma autodidacta (Bernárdez Rodal, A., «*Las mujeres lectoras...*» o. c., p. 293).

Hablando de bibliotecas de conventos femeninos y de la falta de for-

«Con mucho disgusto
lo de Nise considero.
Temo, y en razón lo fundo,
si en esto da que ha de haber
un don Quijote mujer
que dé que reír al mundo.» (Vv. 2143-2418).

Cuando el padre vio que no eran «devocionarios» (v. 2115), afirma «que se los quise quemar» (v. 2134). Y es que la alfabetización permitía a la mujer leer, obviamente, sobre diversos temas²¹,

mación latina de las religiosas, hay un pasaje de una carta de Lope de Vega (datada en Toledo el 9 de junio de 1615) que manifiesta su opinión respecto a la poca cultura de las mismas (de lo cual, por cierto, eran víctimas y no culpables): «si el pelícano es ave tan conocida de todos, por piadosa con sus hijos, que hasta las monjas lo saben» (Vega, L. de, *Cartas (1604-1633)*. Edición de Antonio Carreño, Madrid 2018, p. 328)

A pesar de algunos casos de religiosas que sabían latín, las bibliotecas propiamente femeninas, por la ausencia generalizada de formación en la citada lengua que padecían en comparación con los estudios masculinos, mostrarían un déficit de obras en el idioma del Lacio que las diferenciarían de lo que Edward Baker ha identificado como lo que «a principios del Seiscientos sería una biblioteca-modelo», identificable con la del quijotesco personaje del Caballero del Verde Gabán, «con la presencia de libros de devoción y de historia en castellano y en latín» (Baker, E., *La biblioteca de don Quijote*, Madrid 2015, p. 152).

²¹ Cabe recordar, por ejemplo, al aristocrático personaje de Diana, en *El desdén con el desdén*, de Agustín Moreto, y su interés por la historia:

«Desde que el albor primero
con que amaneció al discurso
la luz de mi entendimiento
vi el día de la razón,
fue de mi vida el empleo
el estudio y la lición
de la historia, en quien da el tiempo
escarmiento a los futuros
con los pasados ejemplos.»
(Moreto, A., *El lindo ... o. c.*, p. 127).

Una mujer del Siglo de Oro con interés por los libros de historia es verosímil, porque se ha documentado algún caso. Así, por ejemplo, en la biblioteca de doña Francisca de Paz Jofre de Loaysa, inventariada en 1626, «Lo que más abundan son libros de historia, seguido de textos religiosos y de devoción» (Dadson, T. J., *Libros, lectores y bibliotecas. Estudios sobre bibliotecas particulares del Siglo de Oro*, Madrid 1998, p. 272). Resulta pertinente recordar que, en el Siglo de Oro hispánico, la temática histórica era la segunda de la que más libros se editaban (Baker, E., *La biblioteca... o. c.*, p. 152), y que en la biblioteca de «uno de los bibliófilos ilustres de la España de su tiempo», el Conde-Duque de Olivares, «una biblioteca de estudio», «Los libros, sin duda, preferidos eran los de historia clásica» (Marañón, G., *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid 1958, p. 123).

desarrollando sus propias aficiones²², y no necesariamente sólo libros religiosos²³.

Esta desaprobación paterna respecto a la asociación mujer-biblioteca, siendo ficción en la obra que nos ocupa de Lope de Vega, se manifestó en el Siglo de Oro en la vida real en casos conocidos como, por ejemplo, el de Sor Juana Inés de la Cruz. Ella misma escribió en su famosa *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*:

«Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprenden las mujeres, oí decir que había Universidad y Escuelas en que se estudiaban las ciencias, en Méjico; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a Méjico, a casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer, e hizo muy bien; pero yo despoqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones para estorbarlo.»²⁴

De modo que, en el siglo XVII, la familia de la niña que llegaría a ser famosa escritora le dificultaba en lo posible (aunque inútilmente) el acceso a los libros de la biblioteca de su abuelo, de la cual, dicho sea de paso, se conoce el nombre de uno de los ejemplares, una antología de poesía latina, cuyo volumen acabó en posesión de Octavio Paz²⁵.

22 Cabría recordar, por ejemplo, el poema que escribió Hernando de Acuña «A una dama doliente de humor melancólico, que pidió a don Hernando escritos suyos y se enojó porque no se los daba» (Acuñas, H. de, *Varias poesías*. Edición de Luis F. Díaz Larios, Madrid 1982, p. 181-184)

23 La asociación entre mujer alfabetizada y libros religiosos anteriormente indicada no significa que fuesen exclusivos de las bibliotecas femeninas, obviamente. Cabe recordar cómo era el tipo de obras más abundantemente editadas en el Siglo de Oro hispánico (Baker, E., *La biblioteca ...* o. c., p. 152). Y en Europa también era el tipo de libros más abundante: «El único género de libros que en el siglo XVII y principios del XVIII tenía un público más amplio era la literatura de edificación religiosa; la literatura de diversión profana formaba sólo una parte insignificante de la producción.» (Hauser, A., *Historia social de la literatura y del arte. Vol. II*, Madrid 1974, p. 209).

24 Cruz, Sor J. I. de, *Antología*. Edición Elías L. Rivers, Madrid 1971, p. 99-100.

25 Cruz, Sor J. I. de, *Lfrica*. Introducción, comentarios y notas: Raquel Asún, Barcelona 1988, p. 13, nota 26 (de la introducción): «Octavio Paz cita, como una curiosidad que ha llegado a sus manos, un ejemplar que fue primero de su abuelo y después de ella: la *Illustrium poetarum flores*, antolo-

Pero podemos profundizar un poco más. Como en el caso del enfadado padre de la citada obra de Lope de Vega, no se trata tanto de cerrar el acceso de la mujer a la biblioteca, entendida esta en abstracto, sino especialmente los de literatura de ficción. Así, respecto a la biblioteca de Doña Brianda de la Cerda, duquesa de Béjar, inventariada en 1602, escribió Trevor J. Dadson:

«De hecho, si no se encontrara este libro entre los nombrados [en referencia a una novela de caballería] podríamos pensar que doña Brianda había hecho de los consejos del franciscano Juan de la Cerda cuando llenó su biblioteca ideal para mujeres de moralistas de la antigüedad clásica y de muchos tratados de devoción, pero excluyendo rigurosamente todo tipo de ficción. Como decía el buen fraile: “¿Qué tienen que ver las armas con las donzellas, ni los cuentos de deshonestos amores las que han de ser honestísimas? [...] Ay algunas donzellas que por entretener el tiempo, leen en estos libros, y hallan en ellos vn dulce veneno que les incita a malos pensamientos, y les haze perder el seso que tenían. Y por eso es error muy grande de las madres que paladean a sus hijas desde niñas con este azeite de escorpiones, y con este apetito de las diabólicas lecturas del amor.”»²⁶

De hecho, el profesor Dadson proporciona algún ejemplo de biblioteca nobiliaria femenina en la que se cumple esa idea de que los libros no fuesen de ficción literaria, sino de temática religiosa, de modo exclusivo²⁷.

Proseguimos. En la escena quinta del acto segundo de la obra anteriormente citada Lope de Vega nos muestra a Finea tomando clases de danza. Y en la escena quinta del acto tercero leemos «El maestro de danzar / a las dos llama a lición» vv. 2201-2202). Y, si a esto sumamos que Otavio consideraba que parte de la formación de sus hijas era «hilar, labrar y coser» (v. 2112), tendríamos el currículo completo de lo que se entendía

gía de poetas latinos hecha por Octaviano de la Mirandola (Lyon, 1590) que reúne versos de Virgilio, Horacio, Ovidio, Juvenal, Marcial, Persio, Propercio, Tibulo y Catulo.»

²⁶ Dadson, T. J., *Libros, lectores y bibliotecas...* o. c., p. 241.

²⁷ Ídem, *ibíd.*, p. 263, en referencia a la biblioteca de la duquesa de Puñoenrostro Ana Piñeiro Manrique, inventariada en 1616, escribe: «... no hay ni un libro de lo que podemos llamar entretenimiento ni nada parecido a la historia secular ni a la filosofía ni a los clásicos. Todos, sin excepción, son libros de devoción de hagiografía, de historia sagrada.»

en su época que había de ser la formación de una mujer de la nobleza: labores, leer y escribir (aunque ya vimos anteriormente que no siempre en asociación con el aprendizaje de la escritura) y danza. Si sustituimos la danza por la música, es exactamente la formación que Cervantes imagina para «La española inglesa» en Londres:

«Después de haberle enseñado todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron a leer y escribir más que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fue en tañer todos los instrumentos que a una mujer son lícitos, y esto con toda perfección de música, acompañándola con una voz que le dio el Cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba.»²⁸

Saber cantar bien y tañer algún instrumento es una parte de la formación de una dama del Siglo de Oro que se manifiesta en otras creaciones literarias del Siglo de Oro, de autores tan importantes como Lope de Vega²⁹, María de Zayas³⁰ (autora cuya

28 Cervantes Saavedra, M. de, *Novelas ejemplares. I*. Edición de Harry Sieber, Madrid 1998, p. 244. Esta formación femenina que nos muestra la literatura se corresponde con la realidad (Alvar Ezquerro, A., *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, Madrid 2014, pp. 165-168).

29 Vega, L. de, *Novelas a Marcia Leonarda*, Palencia 2005, p. 33-37: «Aquí fue menester que el estudiante trajese su instrumento de mala gana, porque de celos de Diana y Silveria perdía el juicio; ella le acomodó las cuerdas a su voz y, escuchando todos, cantó así: [...]. Notablemente se agradó el Duque de la persona de Diana, pero mucho más después que vio la gracia, la destreza y la dulce voz con que había cantado los referidos versos.»

No sólo en la ficción alabó Lope de Vega el canto femenino. Así, en una de sus cartas, escribió: «... porque realmente tuve la tarde en el jardín, como vuestra excelencia dice, oyendo aquel ruiñeñor y su hermana, que merecían el del Paraíso, que a mí me lo pareció con ellas...» (VEGA, L. de, *Cartas...* o. c., p. 531).

Y, por cierto, en relación con la formación de la mujer hispánica en el Siglo de Oro, resulta muy ilustrativo recordar que, dado que en esta nota mencionamos a Marcia Leonarda, pseudónimo de Marta de Nevares, amante de Lope de Vega, éste, en la dedicatoria de *La viuda valenciana*, dice de ella:

«Si vuesa merced hace versos, se rinden Laura, terracina; Ana Bins, alemana; Safo, griega; Valeria, latina, y Argentaria, española; si toma en las manos un instrumento, á su divina voz é incomparable destreza, el padre desta música, Vicente Espinel, se suspendiera atónito; si escribe un papel, la lengua castellana compite con la mejor [...]; si danza, parece que con el aire se lleva tras sí los ojos...» (Vega Carpio, Frey L. F., de, *Comedias escogidas*. Juntas en colección y ordenadas por Don Juan Eugenio Hartzenburch, Madrid 1853, p. 68).

30 Zayas, M. de, *Novelas amorosas y ejemplares*, Edición de José Luis López de Zubiría, Barcelona 1983, 268-270: «Pues, un día en que don

obra ya ha sido utilizada para el estudio de la cultura femenina de su época³¹) o el Conde de Villamediana³² (aunque también aparecen personajes de criadas con esa misma formación³³ y, por supuesto, el canto popular de los campesinos³⁴ y de los pastores³⁵, tema este tan interesante desde el punto de vista etnográfico). No extraña, por tanto, que se documenten casos como el de Doña Antonia de Ulloa, condesa de Salinas y de Ribadeo, quien, habiendo enviudado y «con tres hijas pequeñas de cui-

Rodrigo fue a pagar las finezas que doña Blanca con él tenía, la halló cantando al son de una arpa este romance [...]. Era la hermosa doña Blanca hija de español y de flamenca, y así tenía la belleza de la madre, y el entendimiento y gallardía del padre, hablando demás desto la lengua española como si fuera nacida en Castilla. Y así cantó con tanto donaire y destreza que casi dexó a don Rodrigo rendido...»

Zayas, M. de, *Parte segunda ...* o. c., p. 128: «Nací en la casa de mis padres sola [...]; noble, ya lo he dicho; rica [...] Ya se entenderá, tras las virtudes que forman una persona virtuosamente cristiana, los ejercicios honestos de leer, escribir, tañer y danzar...»

Eadem, *ibíd.*, p. 295: «Ya se entiende que siendo sus padres nobles y ricos, la criarían y doctrinarían bien, enseñándola todos los ejercicios y habilidades convenientes, pues sobre los caseros, labrar, bordar y lo demás que es bien que una mujer sepa para no estar ociosa, fue leer y escribir, tañer y cantar a una arpa, en que salió tan única, que oída, sin ser vista, parecía un ángel, y vista y oída, un serafín.»

31 Gómez-Centurión Jiménez, C., «La familia, el niño y la mujer», en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, dir. J. M. Alcalá-Zamora, Madrid 1989, 169-194, concretamente p. 178.

32 Conde de Villamediana, *Poesta*. Edición, prólogo y notas de María Teresa Ruestes, Barcelona 1991, p. 135 (un soneto titulado «A UNA SEÑORA QUE CANTABA») y p. 164 (un soneto titulado «A UNA DAMA QUE TAÑÍA Y CANTABA»).

33 Zayas, M. de, *Novelas amorosas...* o. c., p. 88: «Servía a la mesa Inés, porque Marcela, que así se llamaba la doncella, por mandado de su señora, ya tenía en las manos un instrumento, en el cual era tan diestra, que no se la ganaba el mejor músico de la Corte, y esto acompañaba con una voz que más parecía ángel que mujer...»

34 Por ejemplo:

«Allí cantan. ¿Quién será?
Mas será algún labrador
que camina a su labor.»

(Vega, L. de, *El caballero de Olmedo*. María Grazia Profeti (ed.), Madrid 1981, vv. 2362-2364).

35 Por ejemplo, Vega, L. de, *Novelas a Marcia...* o. c., p. 20 (en «Las fortunas de Diana»): «Desto manera caminó tres días, al fin de los cuales, saliendo de una espesura a un campo raso, perdió las fuerzas y, arrimada a un árbol, vio lejos un mancebo pastor que, hablando con una serrana [...]. El mancebo, que más reparaba en agrandar su villana y en pensar que no le oían en aquel sitio más que las aves que le acompañaban, comenzó a cantar así...»

dar y criar», «apartó [de los bienes de su difunto marido] bastantes instrumentos de música, como “una harpa de dos órdenes; una vihuela de costillas de nogal grande con las armas de los Sarmientos; una guitarra de ébano con el lazo hondo [...]; un laudico [...]; una vihuela de ébano...”»³⁶.

Pero la nobleza, como es obvio por la realidad histórica, no era un estamento homogéneo en el Siglo de Oro, ni tampoco, como vimos, todas las mujeres del mismo estaban alfabetizadas. Probablemente el autor que mejor nos lo mostró fue el ya citado Miguel de Cervantes (autor, por cierto, «de naturaleza realista», como le ha calificado uno de sus biógrafos, Andrés Trapiello³⁷, en consonancia con la calificación del *Quijote* de «libro realista», que ya en el siglo XIX le dio D. Manuel de la Revilla³⁸, aunque no sólo, como bien ha apuntado Francisco Rico³⁹, resultando así una de las características fundamentales de la obra, como ya apuntó Arnold Hauser⁴⁰). Así, tenemos, entre la parte más baja de la nobleza, la hidalguía, la sobrina de Don Quijote. En la escena del donoso escrutinio de la biblioteca vemos cuatro personajes, dos varones y dos mujeres, la sobrina y el ama. Pero los títulos de los libros sólo los leen los primeros, por lo que es fácil deducir que Cervantes imaginó a estos personajes femeninos como personas analfabetas⁴¹, incluida la sobrina del lector obsesionado, y poseedor (en la ficción) de una respetable biblioteca, D. Quijote.

36 Dadson, T. J., *Libros, lectores y bibliotecas...* o. c., p. 243-245.

37 Trapiello, A., *Miguel de Cervantes Las vidas de Miguel de Cervantes*, Barcelona 2004, 178.

38 Maeztu, R. de, *Don Quijote o el amor (Ensayos en simpatía)*. Edición, estudio y notas de Alberto Sánchez, Madrid 1969, p. 139.

39 «En la literatura hay dos posibilidades: huir de la realidad o acercarse a ella. Ambas opciones están en el Quijote como personaje» (Cita de Francisco Rico recogida en Guerrero Martín, J., *Por los caminos del Quijote*, Salamanca 2004, p. 29).

40 Hauser, A., *Historia social de ...* o. c., p. 67: «Manierista es también la mezcla de los elementos realistas y fantásticos en el estilo, del naturalismo del pormenor y del irrealismo de la concepción total, la unión de los rasgos de la novela de caballería idealista y de la novela picaresca vulgar, el juntar el diálogo sorprendido en lo cotidiano, que Cervantes es el primer novelista en usar, con los ritmos artificiosos y los adornados tropos del conceptismo.»

41 Así han sido consideradas tradicionalmente. V. g., Alcalá Galán, M., «El libro como objeto en el Quijote»: *El ingenioso hidalgo. Estudios en homenaje a Anthony Close*, Navarra 2008, 23-41, concretamente p. 24: «... ama y la sobrina, analfabetas».

Que Cervantes imaginó analfabeta a la sobrina de Cervantes parece confirmado por el reproche que le hace su tío por criticar las novelas de caballerías, indicando que sólo sabe hacer encaje de bolillos:

«Por el Dios que me sustenta —dijo don Quijote—, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo que es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes?»⁴²

El contraste aparece cuando se pone en relación a la sobrina de D. Quijote (perteneciente a la baja nobleza) con otros personajes literarios de la aristocracia femenina que sí están alfabetizados. Se muestran así, por ejemplo, en varias obras en las que leen notas o cartas de amor (tipología diferente de la «carta mi-siva»⁴³), muy frecuentes tanto en las novelas de tema amoroso⁴⁴

42 *Quijote*, II, vi. Cabría una duda. D. Quijote, estando en Sierra Morena, le dice a Sancho Panza, en relación a la «libranza pollinesca»: «La libranza irá en el mismo librito firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla.» (*Quijote*, I, xxv). ¿Significaría que Cervantes imaginó al personaje como alfabetizado? No necesariamente. De entrada, dice «vea» y no «lea», matiz que podría tener importancia para nuestro análisis, aunque en un pasaje otro personaje femenino, la duquesa, lee una carta, indicando Cervantes que la «vio»: «tomándola la duquesa, vio que decía de esta manera» (*Quijote*, II, xxxvi). Sin embargo, una persona no alfabetizada podía saber firmar, o distinguir una firma, sin necesidad de saber leer, como también se muestra en el mismo *Quijote* a través de Sancho Panza: «Bien sé firmar mi nombre —respondió Sancho—, que cuando fui prioste en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre» (*Quijote*, II, xliii). Mas hay otro aspecto a considerar. Lo de la «libranza pollinesca» enlaza con lo de la pérdida del pollino, tema que, como Francisco Rico, indica que Cervantes «debió de optar por suprimir el robo del asno, sin llegar luego a eliminar enteramente las referencias al episodio», por lo que, posteriormente, «escribió un par de pasajes que explicaran la desaparición y reaparición del pollino, para que fuera interpolados en el texto de la segunda edición» (Rico, F., «Nota complementaria. La pérdida del rucio», en Cervantes, M. de, *Don Quijote de...* o. c., 1107-1111, concretamente p. 1110). La idea de Cervantes de eliminar la historia del pollino significaría, pues, que Cervantes debió de imaginar a la sobrina de D. Quijote como analfabeta, al menos inicialmente.

43 *Quijote*, I, xxiii

44 *Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo XVII*. Edición, introducción y notas de Evangelina Rodríguez Cuadros, Madrid 1988, p. 120, nota 8: «Billetes, papeles o cartas se van a cruzar con inusitada frecuencia en estas novelas...»

como en otro tipo de obras del Siglo de Oro⁴⁵ (con tópicos referidos a las mismas como, por ejemplo, las cartas rotas⁴⁶), y no sólo en España, pues, por ejemplo, el famoso cuadro titulado *La carta* del holandés Vermeer, conservado en el *Rijksmuseum* de Ámsterdam, nos muestra ese tipo de escrito que una criada entrega a su señora, que, por cierto, sostiene un instrumento musical de cuerda. Y no sólo se observa entre mujeres de la aristocracia, sino, dentro de ella, de la más alta nobleza, como se refleja en el personaje de la duquesa que aparece en la segunda parte del *Quijo-*

45 Valgan como muestras de los muchísimos ejemplos que aparecen en la literatura del Siglo de Oro, los siguientes:

— Vega, L., de, *La moza de...* o. c., vv 1-4:

«LUISA Es cosa lo que ha pasado
para morir de risa.

MARÍA ¿Tantos papeles, Lúisa
esos Narcisos te han dado?»

— Vega, L. de, *Novelas a ...* o. c., p. 107: «Con esto volvió [Lisardo] a escribirla, diciendo así [...] A este papel respondió Laura el que sigue...» Y hay otras muestras en las citadas *Novelas a Marcia Leonarda* (v. g., p. 127-128).

— Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa. Las paredes oyen*. Edición, prólogo y notas de Alfonso Reyes, Madrid 1967, escena II, acto II de *Las paredes oyen* (diálogo entre los personajes de Ana y Lucrecia, vv. 1390ss.)

La literatura al respecto alcanza detalles como, por ejemplo, las cartas dejadas con falso descuido (Vega, L. de, *Novelas a Marcia...* o. c., p. 100).

— Zayas, M. de, *Novelas amorosas...* o. c., 193: «Esta dama se aficionó don Fernando con grandes veras (novedad grande para su condición); solicítóle la voluntad con papeles, músicas y presentes...»

— Molina, Tirso de, *El burlador de Sevilla. Don Gil de las calzas verdes*, Barcelona 1986, p. 122, 172 y 200 (de *Don Gil de las calzas verdes*).

Hay un ejemplo muy interesante en *Las firmezas de Isabela*, porque nos muestra a una mujer procedente de una familia no nobiliaria, sino de mercaderes, Violante, alfabetizada, ya que lee este tipo de cartas (Góngora, L. de, *Las firmezas de Isabela*. Edición, introducción y notas de Robert Jammes, Madrid 1984, p. 135-136).

46 Un gran experto en la literatura del Siglo de Oro como Antonio Carreño ha escrito: «La ruptura de cartas, papeles, billetes de amor o la quema de retratos es un tópico en la comedia del Siglo de Oro» (Vega, L. de, *Poesía selecta*. Edición de Antonio Carreño, Madrid 2013, p. 284).

La profusión de ejemplos permite ver citas, incluso, en las que aparecen citadas, por ejemplo, arrugadas tras ser sacadas de una faltriquera, como nos lo muestra D. Luis de Góngora en *Las firmezas de Isabela* (Góngora, L. de, *Las firmezas...* o. c., p. 134-135):

«¿De papeles delincuentes
sagrado es la faltriquera?

Salga, Marcelo, acá afuera.

[...]

Saca el papel

¡Oh, qué arrugado que sale

el soneto!»

te, y no sólo porque lea y escriba, sino porque este personaje está inspirado directamente por una persona auténtica⁴⁷. Resulta pertinente recordar que estas cartas amorosas recibieron críticas, como, por ejemplo, la de Miguel de Cervantes en uno de los poemas preliminares de su *Quijote*⁴⁸, y llevaron, incluso, a posiciones tan extremas como la de Juan Camerino, quien defendía en pleno Siglo de Oro que «el escribir ni es necesario, ni lo querría ver en las mugeres; no porque ello de suyo sea malo, sino porque no tienen la ocasión de escribir billetes y responder a los que los hombres livianos les envían...»⁴⁹ En ocasiones, por cierto, estas cartas llegaron a originar, incluso, situaciones verdaderamente dramáticas, como una que conocemos gracias a una carta de Lope de Vega:

«Hoy me han escrito de Sevilla que don Felipe Manrique, proveedor de las flotas, dio a su mujer cinco puñaladitas, con que la enterraron a la una de la noche, sobre unos papeles que le halló de cierto canónigo.»⁵⁰

Anteriormente se vio que no siempre la persona que sabía leer había aprendido a escribir. Una manifestación en esa línea nos la proporciona un personaje de Tirso de Molina, doña Madalena, hija del duque de Aveiro, en la obra *El vergonzoso en palacio*, que sabe leer, pero todavía no ha aprendido a escribir bien:

«... pues me manda responder
al conde y al de Berganza,
sabiendo escribir tan mal
quien quiera que se quedara
en palacio y me enseñara;
porque en mujer tan principal
falta es grande no saber
escribir cuando recibe
alguna carta, o si escribe,

47 Riquer, M. de, «Cervantes y el “Quijote”», en Cervantes, M. de, *Don Quijote de...* o. c., p. XC: «Los hay que parecen tomados de “modelos vivos”, aunque sin declararse su identidad, como ocurre sin duda con los diques, trasunto de los de Luna y Villahermosa, don Carlos de Borja y doña María Luisa de Aragón.»

48 Así, en los últimos versos del poema titulado «AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA, URGANDA LA DESCONOCIDA», leemos: «que el que saca a la luz pape- / para entretener donce- / escribe a tontas y a lo».

49 *Novelas amorosas de diversos...* o. c., p. 120, nota 8 (un texto de *Los efectos de la fuerza de Juan Camerino* citado por T. Hanrahan en su obra *La mujer en la novela picaresca española*).

50 Vega, L. de, *Cartas*, o. c., p. 410.

que no se pueda leer.
Dándome algunas liciones,
más clara la letra haré.»⁵¹

Más claro todavía en este sentido es lo que nos aporta Miguel de Cervantes en su *Novela de la Gitanilla*, en la que Preciosa, la niña robada a sus padres nobles y criada como gitana, recibe la pregunta (del contexto cabe deducir que cargada de sorpresa) de un caballero de si sabe leer, apostillando la «gitana vieja» que la «crió [...] en nombre de nieta suya»⁵² que también había aprendido a escribir⁵³. Sobre Preciosa escribió D. Julio Caro Baroja: «el personaje no tiene gran cosa de real: en la novela lo que más vale es el ambiente.»⁵⁴ Y es, precisamente, ese contexto cultural, ese «ambiente», lo que nos interesa, lo que hace este testimonio tan útil para nuestro análisis: la sorpresa que causa a unos privilegiados que una chica de los grupos sociales no privilegiados estuviese alfabetizada.

No es el único caso en el que la literatura del Siglo de Oro nos muestra a una joven no privilegiada alfabetizada, e incluso aficionada a la literatura, como la pícara Justina:

«Justina fue de raro ingenio, feliz memoria, amorosa y risueña, de buen cuerpo, talle y brío [...], fue dada a leer libros de romance, con ocasión de unos que acaso hubo su padre de un huésped humanista que, pasando por su mesón, dejó en él libros, humanidad y pellejo. Y así, no hay enredo en *Celestina*, chistes en *Momo*, simplezas en *Lázaro*, elegancia en *Guevara*, chistes en *Eufrosina*, enredos en *Asno de oro*, y, generalmente, no hay cosa buena en romancero, comedia, ni poeta español cuya nata aquí no tenga y cuya quinta esencia no saque.»⁵⁵

Mas, en este caso, resulta evidente lo poco realista que resulta, siendo un guiño literario a novelas picarescas preceden-

51 Molina, T., *El vergonzoso en palacio*. Edición de Everett Hesse, Madrid 1976, p. 93, vv. 573-584. *Vid. et. vv.* 1094-1145, pp. 143-145.

52 Cervantes, M. de, *Novelas ejemplares I...* o. c., p. 61.

53 *Ibid.*, p. 73: «Animólas la gitana vieja, y entraron; y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vio el papel que traía en el seno, y llegándose a ella se le tomó, y dijo Preciosa:

— ¡Y no me le tome, señor; que es un romance que me acaban de dar ahora, que aún no le he leído!

— Y, ¿sabes tú leer, hija? —dijo uno.

— Y escribir —respondió la vieja—; que a mi nieta hela criado yo como si fuera hija de un letrado.»

54 Caro Baroja, J., *Temas castizos*, Madrid 1980, p. 131.

55 Úbeda, F. de, *La pícara Justina*. Notas y transcripción Antonio Rey Hazas, León 2005, p. 85.

tes. De hecho, la literatura de la época nos ofrece una imagen mucho más realista de lo que sería la alfabetización de una muchacha en una venta a través del personaje cervantino de Maritornes, analfabeta (recordemos que «en la época de Cervantes, la alfabetización para las mujeres es claramente una cuestión de clase»⁵⁶), a quien le gustaba «oír aquellas historias»⁵⁷ que se encontraban en unas novelas de caballería que alguien, en clara similitud con lo que sucedió en la venta en la que vivía Justina, se había dejado alguien olvidados en una maleta⁵⁸.

La alfabetización y la lectura en el ámbito femenino del Siglo de Oro enlazan de lleno con otra cuestión: las escritoras (tema al que nos acercamos en una ocasión anterior en esta misma revista⁵⁹). Decimos que enlazan, y lo hacen de diversas maneras. Una de ellas sería si el analfabetismo significó que las mujeres con capacidad creativa natural pudieron de alguna manera sortear esa seria barrera para desarrollarla de algún modo. Anteriormente hemos citado algún caso de mujeres que, tanto en el ámbito eclesiástico como en el laico, a través del autodidactismo, llegó a aprender latín, demostrando que hubo maneras de salvar obstáculos. ¿Y en el mundo popular? La pregunta nos vino planteada por un texto barroco en el que aparecen unidos creación literaria y oralidad. Nos referimos a un pasaje del entremés titulado *El licenciado Truchón*, escrito por Sebastián Rodríguez de Villaviciosa. En él, dos personajes femeninos, Micaela y Bezona, improvisan sendas décimas⁶⁰ (como dice otro personaje, Alonso, «ambas de repente echan»⁶¹). La improvisación poética, como indica la responsable de la edición que citamos, la Prof^a. Celsa Carmen García Valdés, «Era algo muy valorado en las academias poéticas»⁶². De hecho, algún autor destacó sobremanera en sus improvisaciones, como, por

56 Bernárdez Rodal, A., «Las mujeres lectoras ...» o. c., p. 294.

57 *Quijote*, I, xxxii.

58 *Quijote*, I, xxxii: «esta maleta olvidada con estos libros y estos papeles».

59 Martínez Ángel, L., «Dos notas sobre Lope de Vega: sus elogios a escritoras frente al silencio de Cervantes, analizados a través de Séneca, y reflexiones sobre posibles manuscritos perdidos»: *La Ciudad de Dios* 230 (2017) 195-2017.

60 *Antología del entremés barroco*. Introducción de Celsa Carmen García Valdés, Madrid 2003, pp. 450-451, vv, 196-205 y 210-219 respectivamente.

61 Ídem, *ibíd.*, p. 448, v. 163.

62 Ídem, *ibíd.*, p. 448.

ejemplo, D. Juan de Tassis, II Conde de Villamediana, habiéndose conservado el texto de unas pocas⁶³. En el caso que nos ocupa, como indicamos, son dos personajes femeninos, mas utilizando un tipo de composición, la décima o espinela, que nos hablaría de serían mujeres alfabetizadas. Mas este ejemplo literario permite plantearse la cuestión de una poesía oral, de tipo popular, que, más allá de repetir letras del romancero y del cancionero (donde, por cierto, lo popular tiene tanto peso⁶⁴) aprendidas de oído, sería capaz de dar rienda a creaciones de personas analfabetas, de ambos sexos, que, sin necesidad de ajustarse a rígidos esquemas métricos, harían, en los casos en que hubiesen podido pasar de la oralidad a la escritura, y así haberse conservado, las delicias de los etnógrafos y etnohistoriadores; quede claro que no nos referimos a la literatura escrita y publicada para consumo de las gentes sencillas —como las coplas de ciego—, (tema, por fortuna, muy bien estudiado⁶⁵), sino más bien a «la figura del versificador» popular⁶⁶ (pero en su vertiente femenina). La creatividad (literaria) de mujeres con capacidad natural creativa pero sin alfabetizar, si no como pleno ámbito de estudio, al menos como posibilidad a la hora de ir completando el panorama cultural de la sociedad del Siglo de Oro⁶⁷, es un campo de análisis a considerar. De hecho, el mismo Cervantes hace mención a la creatividad de las gentes sencillas del campo, aunque lo hace en masculino:

63 Tassis, J. de, Conde de Villamediana, *Poesía publicada completa*. Edición de José Francisco Ruiz Casanova, Madrid 1990, p. 1083-1085.

64 Alonso, D., *Cancionero y romancero español*, Madrid 1969, p. 14-18.

65 Cátedra García, P. M., *Invencción, difusión y recepción de la literatura popular impresa (s. XVI)*, Mérida 2002.

66 La etnografía nos proporciona la definición de este personaje: «Íntimamente unido a la cultura popular de los refranes, está la figura del «versificador». Un señor de los mismos del pueblo, con una cultura similar a la de todo el mundo, pero que «las entaina bien», y por eso romancea normalmente en rima asonante los sucesos de la localidad.» (Alonso Ponga, J. L., «La picaresca de los Oteros (León)», *Tierras de León*, 36-37 (1979) 164-175, concretamente p. 168-169).

67 Huelga insistir en la dificultad existente para el conocimiento de las manifestaciones culturales populares que no han dejado suficientes testimonios escritos o huellas materiales; Arnold Hauser nos recuerda algunos ejemplos de ello: «Sabemos, por ejemplo, que en la Antigüedad clásica, junto a la elevada tragedia, había un mimo popular, cuya importancia era seguramente mucho mayor de lo que se podría creer fundándose en los fragmentos conservados. También en la Edad Media las creaciones del arte profano y popular deben de haber sido más importantes, en comparación con el eclesiástico, de lo que permiten suponer las obras llegadas a nosotros.» (Hauser, A., *Historia social... o. c.*, p. 105).

«Eso creo yo muy bien —dijo el cura—, que ya yo sé de experiencia que los montes crían letrados y las cabañas de los pastores encierran filósofos.»⁶⁸

Anteriormente ya hemos citado el *Quijote* como fuente para conocer la alfabetización femenina en el Siglo de Oro, a propósito del probable analfabetismo de la sobrina de Cervantes, al no leer (ni ella ni tampoco el ama) ninguno de los títulos de los libros de la biblioteca de su tío, aunque, dicho sea de paso, sí sabía de qué iban tanto las novelas de caballerías como las obras de carácter pastoril, como se deduce de las palabras que el autor puso en bocas de este personaje⁶⁹, lo cual no es contradictorio, ni mucho menos, si se considera la práctica de la lectura en voz alta, todavía muy habitual en el Renacimiento y en el Barroco. De hecho, entre la «bibliografía [...] abrumadora» sobre la gran novela cervantina⁷⁰, y en concreto sobre la parte de la misma centrada en el tema de la mujer⁷¹, el tema de la lectura femenina ya ha sido trabajado⁷², aunque en nuestro estudio son tan importantes los personajes femeninos alfabetizados⁷³ y su cultura como los no alfabetizados.

Los dos personajes quijotescos arriba citados, la duquesa, una componente de la alta aristocracia que sabía leer y escribir, y la sobrina del hidalgo, que se muestra analfabeta, pues no lee ni los títulos de los libros de su tío, son sólo una pequeña muestra de un hecho claro: el *Quijote* nos muestra con claridad la situación de la alfabetización del Siglo de Oro, y en concreto la de la mujer, reflejando con bastante fidelidad las conclusiones que anteriormente citábamos de Bartolomé Bennisar. Y

68 *Quijote*, I, l.

69 I, vi, p. 66: «Y abriendo uno que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo [...]:

— Éstos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías [...].

— ¡Ay, señor!, —dijo la sobrina—, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo...»

70 Guerrero Martín, J., *Por los caminos...* o. c., p. 29.

71 Puede verse un listado al respecto en ídem, íbid., p. 29.

72 Bernárdez Rodal, A., «*Las mujeres lectoras ...*» o. c.

73 Ídem, íbid., p. 294: «En *Don Quijote* aparecen varias mujeres lectoras, y las que lo son pertenecen a las clases elevadas: sabe leer la Duquesa como representante de la nobleza; pero sabe también leer Dorotea, hija de un labrador rico; también sabe Luscinda, y la rica mora Zoraida está alfabetizada.»

es que, aunque «El gran tema de *Don Quijote de la Mancha* es la ficción»⁷⁴ (en relación con la ficción y la realidad no nos resistimos a recordar las interesantes reflexiones que Gonzalo Torrente Ballester realizó al respecto de Don Quijote⁷⁵), lo cierto es que lo desarrolla mostrando con verosimilitud múltiples facetas de la realidad, de impagable valor para los historiadores.

Seguiremos, pues, con la formación de la mujer a través de los diversos estamentos sociales, volviendo al personaje de la duquesa, representante de la alta aristocracia. Vemos que está plenamente alfabetizada, sabiendo leer y escribir, pero no acaba ahí la cuestión, lo cual se manifiesta en un pasaje en el que habla con Sancho:

«—Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho —dijo la duquesa— son sentencias catonianas, o, por lo menos, sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, “florentibus occidit annis”. En fin, en fin, hablando a su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.»⁷⁶

Es decir, que la duquesa, que se habría educado en la segunda mitad del siglo XVI, había estudiado latín, que tenía alguna lectura en esa lengua, y que en su formación influyó el Humanismo (habida cuenta de que, como indican las ediciones anotadas de la obra, es una cita nada menos que de Angelo Poliziano). Es impresionante cómo Cervantes, en un mismo párrafo, varía el registro lingüístico, de modo que el personaje de la duquesa, para que Sancho pudiese comprenderla, pasa de la cita latina a un refrán popular (que, por ejemplo, aparece también, aunque casi un siglo antes, en *La lozana andaluza*⁷⁷).

Estamos, pues, ante un ejemplo de la mejor formación que en Siglo de Oro podía alcanzar una mujer, correspondiente a la más alta aristocracia. Paradójicamente, el caso de la duquesa, con su elevada formación, que recuerda la que recibían las mujeres de las familias más privilegiadas del Renacimiento italiano, nos recuerda el gran contraste en la formación que éstas recibían, al

74 Vargas Llosa, M., «La ficción y la vida», en Cervantes, M. de, *Don Quijote de... o. c.*, XXXIII-XLVIII, concretamente p. XXXV.

75 Torrente Ballester, G., *Cuadernos de La Romana*, Barcelona 1987, p. 17-18 (recuérdese que el escritor gallego publicó un interesante libro sobre la gran novela cervantina que nos ocupa: *El «Quijote» como juego*, Madrid 1975).

76 *Quijote*, II, xxxiii.

77 Delicado, F., *La lozana andaluza*. Edición de Bruno Damián, Barcelona 1984, p. 73.

menos en la visión de un autor tan destacado como Jacob Burckhardt, que analizó el tema ya a mediados del siglo XIX⁷⁸, si la comparamos con la reservada a la inmensa mayoría de las damas nobles del Siglo de Oro hispánico que hemos visto.

Sin salir de la nobleza, fijémonos en las hidalgas. En contraposición a la citada sobrina de D. Quijote, analfabeta y enemiga, como hemos visto, de la literatura de carácter pastoril, cabe contraponer otro pasaje de la obra, en el que Cervantes nos muestra una realidad casi completamente contraria:

«En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes de concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes, nos viniésemos a holgar a este sitio [...], formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores. Traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes en su misma lengua portuguesa...»⁷⁹

Este pasaje es clave en nuestro análisis desde varios puntos de vista. El primero es que completa la imagen de mujeres de la aristocracia aficionadas a las letras y alfabetizadas, en contraste, como hemos dicho, con la analfabeta sobrina de Alonso Quijano (por tanto, de familia hidalga). El segundo, que habla, incluyéndolos dentro de la misma clasificación, a la «gente principal, «hidalgos» y «ricos». Esto indica el doble criterio que funcionaba en la sociedad del Antiguo Régimen: el privilegio estamental (o su carencia) y la riqueza. La posesión de ésta permitía una igualación parcial con la nobleza, en aspectos como el que nos ocupa en el presente trabajo, la formación femenina, y Cervantes nos lo muestra a través de otro de sus personajes: Dorotea. Sus padres no son nobles («humildes de lina-

78 Burckhardt, J., *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid 1985, p. 319: «Cabe notar ante todo que en las clases superiores la educación de la mujer era esencialmente la misma que la del hombre. No sentían los italianos del Renacimiento el menor escrúpulo en iniciar en literatura, y hasta en filología, al mismo tiempo a sus hijos y a sus hijas. Como en la antigua cultura renovada veíase el patrimonio supremo de la vida, no se quiso que las mujeres quedasen excluidas de él. Hemos visto ya hasta qué grado de virtuosismo llegaron, aun las princesas, en la oratoria y la composición latinas. Otras debían participar cuando menos en la lectura de los hombres para poder seguir el hilo de la conversación, en la cual predominaba frecuentemente el tema de la Antigüedad.»

79 *Quijote*, II, lviii.

je»), aunque «cristianos viejos ranciosos», y «tan ricos que su riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros...» Y la consecuencia es que Cervantes pone en boca de su personaje Dorotea estas palabras:

«Los ratos que del día me quedaban después de haber dado lo que convenía a los mayores, a capataces y a otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto, o a tocar una harpa...»⁸⁰

Una mujer no privilegiada que, por la riqueza de sus padres acomodados, recibió una formación similar a la de una hidalga.

Cervantes, tan familiarizado con las penurias económicas, también manifiesta cómo la falta de medios económicos dificulta la formación, tanto masculina como femenina. Así, D. Quijote le dice a Sancho que «no saber leer un hombre» se debía a ser «hijo de padres demasiado de humildes y bajos»⁸¹. Y esto valía también para las mujeres. Así, la historia que Doña Rodríguez contó a D. Quijote, dentro de la ficción literaria de la novela, tiene detalles de interés para el interés histórico por su verosimilitud. Nos referimos a que ella, por su pobreza, a pesar de que da a entender la nobleza o hidalguía de sus padres, por su origen, dando que se empobrecieron, acabó sirviendo, y lo que afirma de sí es que sabe «hacer vainillas y labor blanca», y que tenía «fama de gran labradora». Se casó con un hidalgo, y enviudó, pero la hija que tuvieron (se entiende que gracias a la duquesa a la que servía) pudo adquirir la formación de una dama:

«Canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela y cuenta como un avariento.»⁸²

Aunque nos movemos dentro de la ficción literaria, nos muestra Cervantes cómo la formación femenina también venía condicionada no sólo por el linaje, sino por la posesión de riqueza o dinero.

Cervantes también nos muestra cómo era la situación de la mujer de los grupos sociales no privilegiados y pobres. Algunos

80 *Quijote*, I, xxviii.

81 *Quijote*, II, xliii.

82 *Quijote*, II, xlvi.

personajes femeninos ejemplifican a la perfección lo que sería la situación de analfabetismo en el que se encontraría la inmensa mayoría de las mujeres pobres y de los estamentos no privilegiados. Para comenzar, la mismísima Dulcinea; la locura idealizadora de D. Quijote no llegó al extremo que imaginársela alfabetizada, lo cual encaja con la condición campesina de Aldonza Lorenzo:

«Y en lo que toca a la carta de amores, pondrás por firma: “Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura”. Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar.»⁸³

También las mujeres de la familia de Sancho Panza eran analfabetas:

«—Léamela vuesa merced, señor gentilhombre —dijo Teresa—, porque, aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.

—Ni yo tampoco —añadió Sanchica—, ...» (II, L —se lo dicen al bachiller Sansón Carrasco).

«El bachiller se ofreció de escribir las cartas a Teresa de la respuesta, pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón, y, así, dio un bollo y dos huevos a un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas...» (II, L).

Este pasaje nos sirve también para reflexionar sobre un aspecto cultural de la época con clara influencia respecto a los diferentes porcentajes de alfabetización masculino y femenino. Un niño, un monaguillo, que sabía escribir, es reflejo de que iba a la escuela y había estudiado y aprendido una de esas cartillas a las que aludimos antes, porque uno de los contenidos que venía en ella eran las oraciones de la misa. Es lo que explica también otros pasajes de la obra; así, en el siguiente, queda clara la relación entre la alfabetización y las oraciones de la misa:

«—Para eso será menester —replicó Sancho— que el escudero no sea casado y que sepa ayudar a misa, por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado de yo, que soy casado y no sé la primera letra del abecé!»⁸⁴

«... y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maes-

83 *Quijote*, I, xxv.

84 *Quijote*, I, xxvi.

tro de escuela de muchachos, o, si no, cualquiera sacristán te la trasladará; y no se la des a trasladar a ningún escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás.»⁸⁵

Monaguillos y sacristanes alfabetizados de niños, con las cartillas donde, como dijimos, se encontraban las oraciones de la misa, en alguna «escuela de muchachos»: la triste discriminación de las niñas en la alfabetización durante el Siglo de Oro (y durante mucho tiempo después) no puede estar expresada más claramente, y por la pluma del gran Cervantes⁸⁶. Y de esas escuelas saldría la minoría alfabetizada de chicos campesinos, como se ve en un muy conocido pasaje en la venta de los padres de Maritornes:

«Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas...»⁸⁷

No caeremos en la tentación de interpretar en las palabras de Cervantes en clave estadística, es decir, que aunque un segador (varón) leyese y más de treinta personas (de ambos sexos) le escuchase no significa que esa fuese la proporción exacta del porcentaje de alfabetizados entre los no privilegiados, aunque es, y con justicia, un pasaje muy estimado en el estudio de la lectura de aquella época⁸⁸.

Al comienzo del presente trabajo citábamos a Bartolomé Bennasar en relación a las conclusiones sobre la alfabetización en el Siglo de Oro. Otra de las conclusiones fue la referida al personal del servicio doméstico:

«La aptitud de los criados domésticos para la cultura escrita depende muy directamente del nivel cultural de su amo: es relativamente extensa en Madrid capital, es más débil en pequeñas ciudades como Andújar y Úbeda.»⁸⁹

85 *Quijote*, I, xxv.

86 Alfredo Alvar Ezquerro ha escrito: «Éste es un libro sobre cómo se hacía un clérigo, un maestro de niños y un historiador. Ninguno de los tres ámbitos culturales o sociales parecen propicios para la mujer en el siglo XVI» (Alvar Ezquerro, A., *Un maestro en ...* o. c., p. 165). En este pasaje del *Quijote* se manifiesta claramente cómo ni la Iglesia ni la enseñanza de aquella época se comprometían en la tarea de la enseñanza de la mujer.

87 *Quijote*, I, xxxii.

88 Frenk, M., «Oralidad, escritura, lectura», en Cervantes, M. de, *Don Quijote de...* o. c., 1138-1144, concretamente p. 1139.

89 Bennasar, B., *La España del ...* o. c., p. 285.

Cervantes nos da una muestra de doncella alfabetizada, algo verosímil si aquellos a quienes servía lo tenían a bien, dentro de su *Quijote* en la *novela del Curioso impertinente*, a través del personaje de una servidora de Camila, «llamada Leonela, a quien ella mucho quería, por haberse criado desde niñas las dos juntas en la casa de los padres de Camila»⁹⁰. Muestra de la verosímil alfabetización de este personaje ficticio, ambientado en Florencia pero reflejo de la realidad hispánica del momento, es el siguiente pasaje, que pone en su boca un tipo de composición común en la época, llamada «abecé»:

«Él es, según yo veo y a mí me parece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, honesto, principal, cuantioso, rico y la ese que dicen, y luego, tácito, verdadero. La *x* no le cuadra, porque es letra áspera; la *y* ya está dicha; la *z*, zelador de su honra.»⁹¹

Quedaría incompleto el presente trabajo si no se hiciera mención a las mujeres dedicadas a un tipo de profesión muy relacionado con las letras. Nos referimos a las actrices. Mas lo cierto es que, como bien ha estudiado Mimma de Salvo⁹², los orígenes sociales de estas mujeres eran sumamente heterogéneos, de modo que lo que anteriormente hemos indicado respecto a la formación femenina sería de aplicación a ellas.

Hay un aspecto que hasta ahora no hemos contemplado respecto a la lectura femenina, pero del que la literatura del Siglo de Oro nos da también alguna muestra: el nivel de comprensión. En la antigua «librería» o biblioteca de la Catedral de León, edificada entre los años finales del siglo XV y los primeros de la siguiente centuria, hay una inscripción gótica que reproduce una antigua y conocida frase, «Legere et non intelligere»⁹³, un buen aviso para los lectores que utilizaban aquel espacio cultural. Pues bien, hay una anécdota, recogida por (o atribuida a) Juan de

90 *Quijote*, I, xxxiii.

91 *Quijote*, I, xxxiv. No nos resistimos a recordar los juegos de palabras que practicaban en el Siglo de Oro hombres y mujeres de los grupos privilegiados, de lo que también la literatura de la época ha dejado testimonio, como, por ejemplo, Castro, G. de, *Los mal casados de Valencia*. Edición, introducción y notas de Luciano García Lorenzo, Valencia 1976, acto primero, vv. 486ss (p. 104ss). *Vid. et.* la explicación en la p. 29 de la introducción.

92 Salvo, M. de, *La mujer en la práctica escénica de los Siglos de Oro: la búsqueda de un espacio profesional* (<https://www.midesa.it/cgi-bin/show?art=La%20mujer%20en%20la%20practica%20de%20los%20Siglos%20de%20Oro.htm>)

93 Merino Rubio, W., *Arquitectura hispano flamenca en León*, León 1974, p. 137.

Arguijo, que muestra a una mujer lectora, con buena memoria, pero que no comprendió lo que leyó. Dice así:

«Leía una dueña la instrucción de Fr. Pedro de Alcántara para confesarse bien. Mandó de memoria cuanto contenía y se acusó de todo a la letra. Asombrábase el confesor de que hubiese cometido tantos y tan graves pecados, y preguntándole cómo era posible, respondió: —¿Sélo yo por ventura, Padre mío? Ahí lo hallará todo en Fr. Pedro de Alcántara.»⁹⁴

Con independencia de la mayor o menor historicidad de esta anécdota, nos parece que tiene cierto aire antifemenino, quizá en relación con las injustas críticas a las «bachilleras» que no faltaron en el Siglo de Oro.

Antes de terminar, nos gustaría comentar una anécdota proporcionada por el Conde de Rebolledo, que compuso unas rondallas «A UNA DAMA QUE, ESTANDO LEYENDO NOVELAS, SE QUEMÓ LOS CABELLOS, Y EL AUTOR LLEGÓ A APAGÁRSELOS»⁹⁵. ¿Es verosímil? La respuesta es afirmativa, pues en el Siglo de Oro se conoce algún caso en el que la llama de una vela prendió fuego a una toca femenina⁹⁶.

Como conclusión a este pequeño trabajo, cabe decir que en las presentes páginas se manifiesta cómo los testimonios literarios de autores tan preclaros como Cervantes, Lope de Vega, y otros, muestran en no pocas ocasiones, en relación al tema de la alfabetización, lecturas y educación femeninas durante el Siglo de Oro, una imagen verosímil, en consonancia con los resultados aportados por las investigaciones históricas.

Lorenzo MARTÍNEZ ÁNGEL
Instituto *Juan del Enzina* (León)

94 Arguijo, J. de, *Obras completas*. Edición crítica, introducción y notas por R. Benítez Claro, Santa Cruz de Tenerife 1968, p. 176.

95 Rebolledo, B. de, *Antología poética*, León 2007, p. 165.

96 Uno de los «Cuentos que notó don Juan de Arguijo» dice así: «En casa del Conde de Villaverde, en Toledo, una dueña llamada la señora doña Carpio, gran matorra y autora, dirmiéndose una noche junto a una vela, se le pegó fuego a las tocas por detrás. Despertó, y viendo la luz y no sabiendo la causa, comenzó a dar voces: «— ¡Resplandores a mí, Dios mío! ¡Cuándo merecí yo tanto bien? Y quemábase viva.» (Arguijo, J. de, *Obras completas...* o. c., p. 216).